

CAPITULO XIII.

La via trazada por la Cruz.

Cuando el hombre en su ingratitud y en su orgullo hubo rechazado la direccion divina, vió de repente abrirse delante de él las vastas regiones del porvenir, donde no brillaba en un horizonte oscuro é indefinido ni faro ni estrella; donde no se señalaba punto de indicacion ni de llegada. Y sin embargo era necesario marchar. ¿Por qué senda se dirigiria el hombre? Él pregunta á su razon, y su razon se turba, y no halla qué responderle: entre los innumerables caminos que se presentan delante de ella, ignora cuál es el que debe elegir. Pero en el silencio de la razon otra voz se levanta; es la de la naturaleza corrompida, de las pasiones perversas que solicitan, que seducen, que arrastran, y hé ahí á esa soberbia razon que se sentia poco hace humillada de obedecer á Dios, se pone servilmente á su remolque, y declara altamente que la soberana perfeccion es abandonarse á ella sin reserva. *Naturam sequi*: esta fué la última fórmula de la sabiduría antigua.

Ya hemos dicho sus resultados funestos: sin fuerza contra las seducciones del placer, el hombre se dejó arrastrar lejos de sus deberes, y llegó rápidamente á los últimos límites del egoismo, es decir, al amor del goce hasta la degradacion de sí mismo y á la inmolation de los demas. ¡Corrupcion! ¡esclavitud! tales son los dos abismos donde la humanidad vino á hundirse.

Un dia, cuando del fondo de su miseria ella elevaba al cielo sus ojos desconsolados, percibió hácia el Oriente, al ze-

nit tal vez del lugar donde habia sido plantado el árbol de la ciencia, una estrella milagrosa que reanimó su esperanza, y á la que saludó con gritos repetidos de gozo. *Videntes stellam, gavisi sunt gaudio magno valde.*

Guiados por el astro precursor de salvacion, los Magos llegaron hasta la puerta de un reducido y humilde albergue, encima del cual la estrella se detuvo, y donde se encontraba acostado sobre un pesebre, entre dos animales, al Niño libertador. Los Magos penetraron hasta donde se hallaba, se prosternaron llenos de fé ante Él, y le ofrecieron en nombre de la humanidad el oro, el incienso y la mirra, símbolos del poder que en él reconocian como *Rey*, como *Dios*, como *Hombre*, hermano y redentor de los hombres.

Ya desde entonces el Niño Dios quedó instituido gefe de la humanidad, y en vano los Herodes de todos los siglos, alarmándose de este nuevo rey, querrian hacerle perecer: por un momento podrá huir de ellos, para evitar su furor; pero muy pronto la órden del cielo le llamará de Egipto, porque los que querian su vida estarán ya muertos.

El rey Salvador permanece á nuestra cabeza, y hé aquí la senda difícil que abre resueltamente delante de nosotros: "Cualquiera, dice, que quiera seguirme, que renuncie á sí mismo; que tome su cruz sobre sus espaldas y que venga. El reino del cielo se toma por la fuerza, y aquellos que emplean la fuerza le conquistan. Entrad por la puerta estrecha, porque la puerta de la perdicion es ancha; el camino que conduce á ella es espacioso, y hay muchos que lo toman." Despues en una angustia profética esclama: "¡Qué pequeña es la puerta de la vida! ¡Cuán estrecho es el camino que conduce á ella, y qué pocos son los que le encuentran!"

Henos ahí arrojados á un mundo diferente. Por mas pesar que esperienteis, por mas que sintais la pena de arrancaros vuestras ilusiones, preciso es que os aparteis ¡oh hijos de

1 S. Mateo, cap. 16, 11, 7 y 10.

los hombres! de esa senda bella y espaciosa, rodeada de paisajes encantadores, de árboles deliciosos, de flores maravillosas que os ofrece el placer, y que entreis en la vía estrecha, sembrada de espinas y de abrojos, por donde os llama Jesucristo. ¿Qué teneis que vacilar? La primera es una vía engañosa que por los encantos del vicio os conduce á la desgracia; la segunda es una vía verdadera que por los combates de la virtud os llevará á la dicha.

Si Jesucristo ha establecido lo contrario de la sabiduría antigua; si en vez de decir á los hombres *seguid vuestra naturaleza*, les ha dicho *resistid á vuestra naturaleza*, es porque conociéndola perfectamente sabe que no está sana; que debe tratársela como á un enfermo cuyos gustos depravados no quieren sino lo que puede dañarle, y que solo los remedios violentos pueden salvarle. Los filósofos no habian podido comprender nunca el mal de que hemos sido víctimas: manifestándoseles los efectos ignoraban siempre la causa.

La regeneracion cristiana descansa toda sobre esta única base: la naturaleza humana está corrompida; es necesario luchar contra ella, hacerle sin cesar violencia y resistir á la peligrosa corriente en que nos arrastra. Recorred los cuatro Evangelios y los escritos de los otros Apóstoles, y no encontraréis en ellos sino el desarrollo continuo de esta máxima. Ella sin duda es rígida; el mundo la rechazará, la tratará de locura; pero cualquiera cosa que diga ó haga el mundo, esta máxima triunfará, se comprenderá al fin que en ella sola reside la virtud que debe volver al hombre su dignidad perdida, y le restituirá la verdadera libertad rompiendo los lazos de la corrupcion.

En efecto, Jesucristo derramando su sangre ha creado un tesoro de expiacion para nuestros pecados, pero no ha quitado la mancha que nos habia hecho contraer el pecado. Es lo mismo que perdonando nosotros una injusticia que se nos hubiese inferido, no podemos sin embargo restituir la virginidad del honor al que la hubiese cometido. Tambien San

Pedro decia en una de sus epístolas: El bautismo nos salva, no quitando las *manchas de la carne*, sino empeñándonos á servir á Dios con una conciencia pura.¹ Y el concilio de Trento decide á su vez: "que la ofensa del pecado original está, no hay duda, perdonada por la gracia de Nuestro Señor Jesucristo que se concede en el bautismo; pero que en los bautizados permanece aún la *concupiscencia*, ó de otro modo, el *fomes*, segun le llama, es decir, el virus ó alimento del pecado, que se ha dejado para servir de ejercicio á la virtud."²

La esperiencia ha confirmado por desgracia, que así antes como despues de la Redencion, nuestra naturaleza ha conservado el principio corrompido contraído en el Paraiso terrestre. La obra de Jesucristo despues de borrar el pecado era asimismo combatir este gérmen venenoso arraigado en nuestra carne. Hé ahí por qué la vía que abre á la humanidad no es la vía ancha y cómoda que nos ha de conducir á la satisfaccion de nuestros deseos, sino la vía estrecha y penosa en la cual hemos de luchar continuamente contra estos deseos. ¿De qué tenemos, ademas, que quejarnos? Él ha marchado el primero por esta vía, y mostrándonos su cruz nos invita á seguirlo: queriendo por otra parte alentar nuestra debilidad, nos anuncia de antemano que su yugo es suave y su carga ligera. Contradiccion que no mas es aparente, porque por poco que se reflexione, no se tardará mucho en conocerlo. En efecto; ¿quién no sabe que la obediencia á los deseos de la naturaleza, degenera muy pronto en una cruel tiranía, en una insoportable esclavitud, en tanto que la lucha contra estos deseos de la concupiscencia nos desembaraça, nos hace libres con esa verdadera libertad que reside en nosotros, que es nuestro verdadero bien, y que no está en poder de nadie arrebatarnos? ¿Cuál es el hombre verdaderamente libre? ¿Es el avaro ó el que distribuye discreta-

1 I. Epíst., cap. 3.

2 V. ses., can. 5.

mente sus tesoros entre los pobres, el disoluto ó el que es casto en sus pensamientos y en sus costumbres, el orgulloso ó el humilde, el ambicioso ó el modesto? Los primeros son tan poco libres, como que hostigados continuamente por sus pasiones, no saben ya resistir y se abandonan á ellas, aunque delante de sus ojos se abra el abismo donde van á precipitarlos.

Nada es mas importante que penetrar la profundidad de los designios de Jesucristo en la eleccion que ha hecho de la vía estrecha, porque allí está todo el secreto de la regeneracion futura; y si algun dia la humanidad la comprende bien, tendrá entonces la clave del Evangelio, y se hallará sin duda en vísperas de recobrar su grandeza y felicidad perdidas.

Entremos, pues, al exámen mas detenido del misterio.

Antes del pecado, el hombre, siendo tal como Dios le habia hecho, sus inclinaciones eran buenas y no tendian al desorden. Dócil á la voz de su Criador, su dicha era escuchar esta voz y obedecerle sumisamente en todo. Las cosas cambiaron de aspecto despues de la caida. La voz de Dios hablaba todavía al corazon del hombre, pero no hablaba ya sola; otra voz se habia hecho oír en él mas imperiosamente. ¿A cuál obedecer? Aquella le exige el cumplimiento del mandato ó del deber, ésta le incita á la violacion de ese mandato. Desde entonces se declara, como dice el grande Apóstol, una guerra intestina en el corazon de los desgraciados mortales, entre los deseos de la carne y los del espíritu; pero frecuentemente los esfuerzos del espíritu son vanos, y la carne queda señora del campo. Nosotros hemos llegado de una vez á este punto de degradacion, de tal modo, que él, ofreciéndose á nuestros ojos, no despierta ya nuestras simpatías, ó por lo menos el mal tiene para nosotros mayor interes y atractivo. "Cuando quiero hacer el bien, decia San Pablo, siento una fuerza que se opone, porque el mal reside en mí. Segun el hombre interior, yo en-

cuentro el contento en la ley de Dios; pero siento en los miembros de mi cuerpo otra ley que combate contra la de mi espíritu, y que me tiene cautivo bajo el imperio del pecado.¹"

Pero desde el momento que el bien no ofreció al hombre suficiente atractivo, y que el mal, por el contrario, tuvo para él encantos mas poderosos; Dios, cuya santidad no puede consentir el establecimiento permanente del mal en el mundo, debió preparar un medio eficaz, tanto para conducir el hombre al bien, como para detenerle sobre la pendiente del mal, y este medio fué el sufrimiento. "Despues que has comido el fruto de la ciencia del bien y del mal, dijo á Adam, la tierra está maldecida en tu obra, y tú no comerás de sus frutos durante todos los dias de tu vida, sino con un gran trabajo. Ella no producirá para tí sino cardos y espinas, y tú comerás el pan con el sudor de tu rostro."²

Tal fué la sentencia pronunciada contra la humanidad cuando ella se resolvió á entregarse sin guia en la pesquisa del bien y del mal. Como en lo de adelante se encontraba espuesta á dejar el bien y á escoger el mal, era indispensable que Dios la asegurase contra su ignorancia, su debilidad ó su mala voluntad, y el sufrimiento vino á ser su compañero inseparable.

No se imagine por esto que el Criador, como un tirano injusto y cruel, y por puro capricho ó simplemente por ponernos á prueba, nos ha sujetado al dolor, no; lejos de ser injusto y cruel, solo quiere hacernos dignos de obtener sus dones: Él ama á sus criaturas, quiere su grandeza, su felicidad, su gloria; hé ahí por qué nos ha dado á nosotros, séres libres y decaidos, al sufrimiento por compañero.

Esta proposicion que vamos á sostener podrá parecer á primera vista una paradoja; esperamos, sin embargo, que despues de un exámen mas detenido se juzgará de otra ma-

1 Epíst. á los romanos, cap. 7.

2 Génesis, cap. 3.

nera, y que se convendrá con nosotros no solamente en que el sufrimiento no es un mal, como lo creen los estóicos, sino que es el mayor beneficio, la mas viva señal de ternura que Dios ha podido dar al hombre caído. En efecto, ¿qué impedía á Dios cuando el hombre hubo rehusado formalmente obedecerle, qué impedía á Dios, segun la enérgica espresion de un poeta, arrojarle con desprecio y desden hasta los últimos límites del espacio, y entregarle allí á sus sentidos, reprobado, maldecido, impidiéndole en seguida volver á su eterno reposo? No es así, sin embargo, como ha obrado con su ingrata criatura: Él no la ha abandonado, no la deja desesperar de su salvacion; y entretanto que el dia de la regeneracion celestial su misericordia la saque del abismo, al lado del mal que la carcome, y para impedir que muera, coloca el remedio heróico del sufrimiento.

Para hacer comprender mejor la necesidad de este remedio, supongamos por un momento que el hombre, considerado tal como es hoy, es decir, tal como le ha vuelto su caída, deja de estar espuesto al sufrimiento, se halla completamente al abrigo de sus golpes, ¿qué vendria á ser de él?—Vendria á ser, que pudiendo violar impunemente las leyes de su ser moral, las violaria todas, se degradaria, se envileceria, se destruiria á sí mismo. Suponedle perezoso, y si no sufre veréis que, tendido negligentemente al sol, se dejará morir de hambre mas bien que buscar el pan por medio del trabajo: suponedle voluptuoso, y se entregará hasta extinguir el radical de la vida á los excesos de la disolucion, que encuentra su placer en el vino y en los manjares, y sin freno y sin medida satisfará este grosero apetito, cuidándose muy poco del embrutecimiento de su cuerpo y de su alma. Siguiendo esta suposicion por todas las demas pasiones, se verá lo que bajo su funesta influencia vendria á ser la humanidad, sin la compensacion bienhechora del sufrimiento. Esto es tan cierto, que es necesario armarse de la reflexion de que Dios no ha querido destruir nuestra libertad dete-

niendo el curso del mal, para no verse tentado de acusarle de no haber hecho el sufrimiento tan vivo y tan pronto cuanto era menester, pues que á pesar de los ásperos castigos que nos inflige, el poder de sus medios todavía es inferior á nuestras perversas inclinaciones; porque no manifestándose bastante terrible sino cuando el mal ha llegado á sus últimos límites, comunmente viene á ser por una consecuencia de las leyes naturales, la triste herencia de aquel que no es culpable de la violacion del órden, sino que se encuentra colocado en circunstancias en que esta violacion, habiendo llegado á cierto término, Dios no puede permitir que pase adelante, y la detiene, oponiéndole el antemural de un inmensurable dolor.

Despues de la caída, el elemento salvador del hombre ha sido el sufrimiento: haciéndose sentir en él, despertó su actividad, reprimió sus pasiones, castigó sus faltas: con este triple carácter de incitacion al bien, de dique contra el mal y de castigo para el crimen es con el que se nos presenta. ¿Quién podria referir todo lo que el hombre le debe? ¿quién podrá enumerar todos los bienes de que ha sido principio? El hombre ha sufrido el hambre, y por un obstinado trabajo ha hecho que la tierra se cubriese de ricas mieses; las lluvias han caído, el frio se ha encruelecido, y suntuosas telas han abrigado sus miembros, y magníficos edificios le han protegido bajo su techo; la llama vivificadora ha brillado en su hogar: necesidades de toda naturaleza, necesidades del cuerpo, necesidades del corazon, necesidades del espíritu han venido á asaltarle, y su actividad no ha dejado de conseguir su satisfaccion. Él ha descendido á las entrañas de la tierra, ha recorrido los dilatados mares, ha atravesado los ardientes desiertos; ningunas dificultades, ningunos peligros le han detenido en su marcha: ha perfeccionado las artes, desarrollado la industria, creado las ciencias: él ha robado á la naturaleza sus secretos, se ha apoderado de sus fuerzas, se ha compuesto nuevos órganos, ha vencido el tiempo, el espacio

y dominado los elementos; en una palabra, por el saludable aguijón del sufrimiento, ha venido á constituirse un ser tan inteligente ya, y tan poderoso, relativamente á todo lo que le rodea, que el hacer el elogio de todas las perfecciones humanas, es hacerlo del sufrimiento, que ha promovido su des-cogimiento y expansion.

Si del órden fisico é intelectual pasamos al órden moral, ¿qué grandeza tambien en este campo inmenso de actividad nueva, el sufrimiento no ha comunicado al hombre? ¿Cuántos movimientos generosos no ha escitado? ¿Cuántas lágrimas piadosas no ha hecho derramar? ¿Qué multitud de sacrificios gloriosos, de afectos sublimes y magnánimos no han sido por ella inspirados? El rico ha derramado su oro con abundancia en el seno del pobre; corazones intrépidos han afrontado peligros de todos géneros para llevar socorros á sus semejantes, espuestos á perecer: ellos han despreciado el ardor de las llamas, la violencia de las aguas, los miasmas deletéreos de la peste, y mil muertes que podian encontrar en medio de las batallas; y cuando heridos ellos mismos por la enfermedad, por el infortunio, por desgracias imprevistas, estaban como Prometeo clavados en una roca salvaje, se les veia purificarse por una saludable expiacion, y presentar en una resignacion sublime el mas bello espectáculo que la tierra puede ofrecer al cielo. "*Ecce par Deo dignum spectaculum, vir bonus cum mala fortuna compositus.*"¹

Para resumirlo todo en una idea: al sufrimiento es al que debemos la virtud y el heroismo: no habria justos ni héroes si los hombres no sufriesen; si por medio de rudos esfuerzos, de increíbles trabajos, de grandes tribulaciones, no rechazasen lejos de sus semejantes ó de sí mismos la hidra del mal, cuyas cabezas renacen continuamente: Platon no ha pintado su justo imaginario en medio de los esplendores de la fortuna, de los goces del deleite, de la dicha embriagante de los

1 Séneca.

triunfos; lo ha colocado en el extremo de la pobreza, en los reveses, en la persecucion, en los dolores de una muerte infamante.

Para hacer en algun modo palpable la verdad del principio que desarrollamos, supongamos dos hombres cuya vida hubiese corrido en medio de circunstancias diametralmente opuestas. Nacido el uno en un palacio, rodeado de las magnificencias de una elevada gerarquía y de una gran riqueza; que no tenia sino que formar un deseo, imaginar un capricho, para verlos al momento cumplidos: su infancia, su juventud, su edad madura, su ancianidad se suceden llevadas suavemente sobre las alas del placer; una multitud de cortesanos se agrupan sin cesar en torno de él, para estudiar sus gustos, para servir á sus menores deseos y embriagarle con el incienso de la adulacion; la fortuna le colma de sus favores, los acontecimientos se verifican en un todo conformes á sus votos, y muere, por fin, impregnado de todos los goces, de todas las delicias que el corazon de un mortal puede disfrutar en la tierra. El otro vé la luz en el seno de la miseria; desde sus primeros años comienza su lucha con la pobreza y la desgracia; él la sostiene con una noble y heróica resignacion; su vida entera se compone de sacrificios al deber, de consagracion continua al bien de sus semejantes, y llega al último á perderla de una manera cruel por ser fiel á su Dios ó á su patria. ¿Cuál de estos dos hombres será mas grande en el juicio de la imparcial posteridad? ¿A quién decretará ella la palma de la gloria y de la virtud? ¿Al hombre del placer y de la dicha, ó al hombre del sufrimiento y del dolor? La duda no puede aquí tener lugar. El sufrimiento purifica, eleva á la humanidad; el deleite la degrada y la corrompe.

Si dejando este punto de vista abstracto, descendemos al exámen práctico de las naciones y de los individuos, se convencerá cualquiera que de sus luchas y de sus trabajos es de donde ha provenido toda su gloria, en tanto que el lujo y